

Rocca di Papa, 9.3.89¹**“¡Abbá, Padre!”**

Queridísimos,

Jesús rezaba, rezaba a su Padre. Para Él el Padre era "Abbá", es decir el papá, al cual se dirigía con un tono de infinita confianza y de inmenso amor. Le rezaba estando en el seno de la Trinidad, donde Él es la segunda divina Persona.

Y fue por medio de esta oración suya tan especial, como reveló al mundo quién era realmente: el Hijo de Dios.

Pero como había venido a la tierra por nosotros, no le bastó estar Él en esta condición privilegiada de oración. Muriendo por nosotros, redimiéndonos, nos hizo hijos de Dios, hermanos suyos, y nos dio también a nosotros, a través del Espíritu Santo, la posibilidad de introducirnos en el seno de la Trinidad, en Él, junto a Él, por medio de Él. De este modo, también para nosotros se hizo posible esa divina invocación suya: "¡Abbá, Padre!" –(*Mc* 14, 36 y *Rm* 8, 15): "¡Papà, padre mío!", nuestro– con todo lo que ésta lleva consigo: certeza de su protección, seguridad, abandono ciego en su amor, consolaciones divinas, fuerza, ardor; ardor que nace en el corazón de quien está seguro de ser amado...

Ésta es la oración cristiana, una oración extraordinaria. No se encuentra en otros lugares, ni en otras religiones. Todo lo más, si se cree en una divinidad, se le da culto, se le adora, se le suplica estando, por así decirlo, fuera de ella. Aquí no; aquí se penetra en el corazón de Dios.

¿Qué hacer, pues?

Acordémonos, antes que nada, de la altura tan vertiginosa a la que hemos sido llamados como hijos de Dios y, como consecuencia, de nuestra posibilidad excepcional de rezar.

Naturalmente, se pide decir "¡Abbá, Padre!", con todo el significado que esta palabra lleva consigo, sólo si el Espíritu Santo la pronuncia en nosotros.

Y para que esto sea así, es necesario ser Jesús, sólo Jesús.

¿Y cómo? Ya lo sabemos: Él vive en nosotros por la gracia. Pero es necesario poner todo de nuestra parte, y esto consiste en amar, en estar en el amor a Dios y al prójimo.

El Espíritu la pondrá en nuestros labios con más plenitud si estamos en perfecta unidad con nuestros hermanos, porque es entonces cuando Jesús está entre nosotros.

Que "¡Abbá, Padre!" sea nuestra oración. Mediante ella corresponderemos plenamente a nuestra llamada a creer en el amor, a la fe en el amor que es la raíz de nuestro carisma.

Sí, el Amor, el Padre nos ama. Es nuestro papá. ¿Qué podemos temer?

¿Cómo no ver en el designio de amor que Él tiene sobre cada uno de nosotros y que se manifiesta día tras día, la más extraordinaria aventura a la que hemos sido llamados?

"Abbá" es la oración típica del cristiano. Y de forma especial la nuestra, la de los focolarinos.

Por lo tanto, si tenemos la seguridad de estar viviendo nuestro Ideal, es decir, si estamos en el amor, dirijámonos al Padre así, como lo hacía Jesús.

¿Las consecuencias? Las sentiremos en nuestro corazón.

Chiara

¹ Versión publicada en *Buscando las cosas de arriba*, Ciudad Nueva, Madrid 1993, páginas 133-135.